vía de reminiscencia. Tales son las del marqués de Villasante y del de Revilla, tal el lindo patio de la del duque de Infantado al lado de la casa natal de Felipe II, tal era la de Benavente antes de perecer lo que de palacio le quedara al convertirse en hospicio (1), tales la de Salinas en la calle de Santiago y otra en la del Obispo citadas con elogio por Ponz, tal se conserva frente á la actual parroquia de San Miguel la del marqués de Valverde con la almohadillada ventana abierta en un ángulo, con su mascarón de bronce y sus dos figuras de relieve, objeto de romancescas tradiciones (2). Más interesante tal vez que esas fastuosas viviendas de señores y magnates es la modesta casa habitada por el que vestía de tan exquisitas esculturas los templos y los palacios, por el incomparable Alfonso de Berruguete (3): muéstrase junto al monasterio de San Benito, formando una baja galería sostenida por columnas jónicas pareadas, el taller de donde salieron tantos prodigios del arte y de donde se supone haber salido muchos más. Y no menor veneración despierta á la salida del Campo Grande esquina á la calle de San Luís el sitio de la casa de aquel Juan de Juní, gloria peculiar de Valladolid, que por los mismos años poblaba de excelentes efigies sus altares; cuya habitación quiso poseer, comprándola medio siglo después á su hija, el famoso Gregorio Hernández heredero de su genio privilegiado.

Tampoco las iglesias dejaron ociosos en Valladolid á los artistas del renacimiento. Pensóse en dotar la corte de un templo digno de su rango, y en 13 de Junio de 1527 abriéronse las zanias para la nueva colegiata de Santa María, cuya traza se confió á Diego de Riaño, autor de la sacristía de la catedral de Sevilla. Por su muerte pasó la obra en 1536 á Rodrigo Gil de Ontañón, quien juntamente con su hermano Juan, con Juan de Alba y Francisco Totomía, la llevó adelante hasta la altura de seis estados. De ella sólo nos dicen los que alcanzaron á verla «que era relevante y en tanto extremo costosa que al parecer jamás pudiera concluirse; » pero fácil es conjeturar su estilo por el de las catedrales de Segovia y Salamanca que inmortalizan el nombre de Rodrigo. Lástima es que no se guardara al viejo templo la atención que usó su padre Juan Gil con el de Salamanca, edificando al lado y no encima de él; y así irrita menos que al encargarse de la fábrica Juan de Herrera, después de paralizada por muchos años no sabemos con qué motivo, derribara á su vez todo lo nuevamente construído, sofocando en su germen la creación gótico-plateresca.

De esta mezcla participa la iglesia de monjas de la Concepción, fundada en 1521 por el regidor Juan de Figueroa y por su mujer D.ª María Núñez de Toledo. En la bóveda, en las ventanas, en las molduras de la portada, predomina aún el género ojival; y acaso no cuentan mayor antigüedad la nave de crucería de la ermita de San Antón y la portadita gótica del oratorio del Rosario. Otros conventos empero, aunque erigidos en la mitad primera del siglo xvi, con las traslaciones y mudanzas sufridas posteriormente perdieron del todo su primera fisonomía. De Portillo vinieron en 1530 las agustinas de Sancti Spiritus traídas por el comendador Martín Gálvez, de Villasirga años después las franciscas descalzas llamadas por la condesa de Osorno D.ª María de Velasco; unas y otras edificaron en el Campo Grande que empezaba á poblarse entonces. Las primeras permanecen allí en su lóbrega iglesia poblada de sepulcros

⁽¹⁾ Excusamos repetir lo que de cada una de estas casas dijimos en el capítulo I al recorrer las calles de Valladolid.

⁽²⁾ Cuéntase que el mascarón con argolla en la boca y las figuras colocadas arriba en unos medallones, una de ellas en actitud de recogerse la falda del vestido, se refieren al adulterio de cierta señora con su paje, que el tribunal al condenarlos permitió al marido consignar perennemente en la fachada de su casa. Prescindiendo de lo monstruoso de tal anécdota en una nación y en unos tiempos en que se escribían el Médico de su honra y Á secreto agravio secreta venganza, sólo observaremos con el Sr. Sangrador que las dos figuras son de mujer.

⁽³⁾ Aunque natural de Paredes de Nava residía Berruguete en Valladolid, donde obtuvo una escribanía del crimen que probablemente no regentaba por sí mismo. Trabajó mucho tiempo, pues en 1526 emprendió el retablo de San Benito terminados sus largos estudios en Italia, y no murió hasta 1561 en Toledo donde labraba el sepulcro de Tavera.

de bienhechores (1); las segundas pasaron frente á la Chancillería, donde la reina Margarita de Austria les construyó á principios del xvII un templo regular adornado de estimables pinturas, tomando con esto el nombre de Descalzas Reales. El edificio que dejaron estas en el Campo Grande lo ocuparon las dominicas de Corpus Christi fundadas en 1545 por D.ª Ana Bonisen, después de haber estado sucesivamente en el barrio de San Lorenzo, en Simancas y al otro lado del Pisuerga; y en el mismo Campo se establecieron las del Sacramento desmembradas de dicha fundación, antes de trasladarse junto á San Nicolás al lado del puente. Con la protección del príncipe D. Felipe, por el cual se titularon de San Felipe de la Penitencia, mudáronse en 1551 desde la calle de Francos al Campillo las arrepentidas, que en 1530 había recogido el dominico padre Minaya; pero la iglesia no se terminó sino en 1618 á expensas de los vecinos, y por el mismo tiempo costeó tal vez el lindo retablo mayor su patrono Juan de Valencia. Hijuela de este convento fué el de la Aprobación, que para noviciado de aquellas se creó en 1605 junto á San Nicolás, y se halla ahora suprimido.

De esta suerte casi todas las fundaciones del reinado del Emperador no llegaron á constituirse y á fijar en cierto modo sus formas hasta el de Felipe III. Así sucedió con la de monjas bernardas de Belén, cuya traslación á su nueva iglesia de orden dórico, que ahora sirve de parroquia de San Juan, verificada con gran pompa en 1612 por el duque de Lerma sobrino de su fundadora D.ª María de Sandoval, ha hecho olvidar los principios que el convento tuvo en las casas de Diego Arias y el horrible estrago que en su claustro hicieron las doctrinas del luterano Cazalla á quien acompañaron en el castigo siete de sus

religiosas en 1559, según recordaba la inscripción de la cruz de piedra plantada por el Santo Oficio enfrente de su fachada. El único que conservó al parecer su primitivo templo con resabios de gótico, fué el convento de dominicas de la Madre de Dios, instituído hacia 1550 detrás de San Pedro y dotado por D. Pedro González de León y por su mujer D.ª María Coronel; pero en 1806 éste cabalmente fué demolido por ruinoso.

Otro tanto que de las de monjas pudiéramos decir de las casas de religiosos. Los jesuítas, que ya en 1543 vinieron á Valladolid, se albergaron de pronto en el hospital de San Antón, v á pesar del crédito de su instituto no tuvieron por muchos años otro domicilio, hasta que en los primeros del siglo xvII les edificó su casa profesa de San Ignacio la munificencia de la condesa viuda de Fuensaldaña D.ª Magdalena Borja y Loyola, nombres queridos para la Compañía (1). El templo, vaciado en el molde greco-romano, y ataviado en su nave, crucero y cúpula con aquellas labores de yeso tan frecuentes en Valladolid, logra distinguirse por su esplendidez entre los de su religión, y entre los de su época por sus correctas y regulares formas: los cuatro apóstoles de su retablo mayor han merecido atribuirse á Pompevo Leoni, los relieves y esculturas del mismo á Gaspar Becerra que tiempo atrás había fallecido, algunas efigies de sus capillas á Gregorio Hernández, á Miguel Angel un crucifijo de marfil; y la sacristía, antesacristía y relicario, de una suntuosidad poco común en las mismas catedrales, abundan en preciosidades artísticas y devotas. En el presbiterio figuran orando de rodillas, dentro de un nicho á manera de pórtico, las estatuas de la fundadora y de su marido el conde Juan Pérez de Vivero, que murió quince años antes que ella en 1610; y su entierro ocupa una espaciosa cripta. Casi por el mismo tiempo, y con semejantes aunque más reducidas proporciones, erigióse el co-

⁽¹⁾ Estos son los de Juan de Ortega de la cámara de Felipe II, y de D.ª Francisca de Zúñiga y Sandoval, ambos con estatua, y el de D.ª Mencía Manuel y Castilla. En la portada del templo existe la inscripción siguiente: «A loor y gloria de Dios todopoderoso, Padre, Hijo, y Espíritu Santo, y de su bendita madre, Mart. de Galbes comendador... fundó e acabó e toda la cassa restauró y el ospital edificó año de M y D y XXX años: rrogad á Dios por él.»

⁽¹⁾ Era esta señora nieta de San Francisco de Borja por su padre, é hija de una sobrina de San Ignacio, según su lápida refiere.

legio de San Ambrosio, señalándose entre sus bienhechores Don Diego Romano, obispo de Tlascala, cuya figura de mármol permanece al lado del altar mayor, y honrándolo con su residencia y con su sepulcro el venerable escritor ascético Luís de la Puente (1). Desde la expulsión de sus sabios y virtuosos moradores en 1767, trasladóse á San Ambrosio la parroquia de San Esteban y á San Ignacio la de San Miguel, y sus casas se trocaron en cuarteles, conservando aún hoy día el del colegio su barroquísima portada.

Era en 1544 cuando se establecieron los Mínimos al otro lado del puente en la ermita de San Roque, y en 1552 cuando los del Carmen Calzado se instalaron junto á la puerta de este nombre al extremo del Campo Grande; y sin embargo el edificio de los primeros por lo que de él subsiste, y el de los segundos destinado á hospital militar, parecen de fecha algo más reciente. Atribúyese á Diego de Praves, maestro mayor de Felipe III, la iglesia de Carmelitas, elogiada por su seria arquitectura, pero más favorecida todavía por el piadoso escultor Hernández, quien por devoción y por vecindad le legó muchas de sus insignes obras, su retrato y sus mortales despojos al fenecer en 22 de Enero de 1636.

Bajo un monarca como Felipe II no podían menos de multiplicarse en Valladolid las fundaciones religiosas. Mas no se limitó el próvido soberano á ceñir de conventos su villa natal para mostrarle su cariño: hizo reedificar con magnificencia sus más céntricos y populosos barrios, dió á su municipalidad singulares distinciones y un soberbio consistorio, erigióla en silla episcopal emancipándola de la de Palencia, encargó para ella al más insigne de sus arquitectos la traza de una catedral incomparable, condecoróla por último, enmendando el descuido ó la indiferencia de cinco siglos, con el dictado de ciudad. Y sin embargo él

fué quien le quitó la prerrogativa de corte, que alternadamente con otras poblaciones y en los últimos tiempos casi exclusivamente había tenido, adoptando para residencia suya otra villa: diríase que los dones á aquella conferidos fueron á título de indemnización por el rango que perdía.

En los primeros años que siguieron á la abdicación del emperador, mientras estuvo ausente de España el rey Felipe, permaneció en Valladolid el gobierno encomendado á la princesa D.ª Juana, bajo cuya tutela crecía enfermizo é impresionable el príncipe D. Carlos. Entonces le tocó á la población ser teatro de unos sucesos que revelaron principalmente el carácter y la tendencia del nuevo reinado, de mantener á toda costa la unidad católica de la monarquía. Sucesos que en nuestros días se presentan especialmente pavorosos por el castigo, pero que á la sazón lo parecieron incomparablemente más por el crimen y por el peligro que los motivaba. En este punto el Felipe II tan execrado no fué más que el consecuente biznieto sucesor de la católica Isabel tan bendecida: podrán en todo caso censurarse los medios, mas no controvertirse la rectitud, la elevación, y hasta las ventajas políticas del pensamiento. Á los mal extirpados gérmenes del mahometismo y de la ley mosáica, que podían recrudecer en los de su raza, pero no propagarse á los demás, á quienes retraían de los vencidos y de sus creencias inveterados odios y desdenes, vino á juntarse harto más temible la cizaña protestante importada en la península por sus frecuentes relaciones y hasta su común vasallaje con Alemania. La Inquisición, que desde los Reyes Católicos había seguido sin tregua funcionando en Valladolid, citaba ya á su sombrío tribunal de la calle del Obispo á reos que invocaban el mismo Dios de los cristianos; preces humildes al Salvador aparecen aún en las húmedas paredes de sus calabozos, escritas por los años de 1534 y 1551 (1): sin embargo sus justicias, si algunas hubo por en-

⁽r) Murió en 1624. Junto á él yace otro venerable, Jerónimo Benete, que después de haber sostenido toda su vida á los pobres con el producto de sus pinturas, falleció en 1707 vistiendo la sotana de jesuíta.

⁽¹⁾ El Sr. Sangrador, que dice haber reconocido hasta los más ocultos subte-

tonces, quedaron eclipsadas del todo por las más solemnes y terribles de 1559.

Un día se difundió por la regia villa el rumor de que junto á la plazuela de San Miguel se había descubierto un conventículo de luteranos; que una mujer celosa, siguiendo á su marido platero y sorprendiendo la contraseña de los adeptos, había logrado penetrar en la nocturna asamblea denunciándola en seguida al Santo Oficio (1); que había sido preso con toda su familia el doctor Agustín Cazalla, uno de los más sabios y elocuentes predicadores del emperador (2); y cundió la alarma en los gober-

rráneos de aquel edificio, hoy academia de nobles artes, copia los siguientes fragmentos de inscripciones en verso, que atestiguan como otras en latín la instrucción no vulgar de los detenidos. Quiénes fuesen estos no osaremos conjeturarlo, y sin asegurar que perteneciesen á la secta luterana, cuyo descubrimiento fué posterior á las expresadas fechas, observaremos por la cristiana piedad de los sentimientos, que no debieron ser sus autores moriscos ni judaizantes. Serían tal vez acusados tan inocentes si no tan ilustres como Carranza y fray Luís de León.

Con fé caridat y esperanza
Y obrando bien por amor
La gloria de Dios se alcanza
Y esta es ver la alabanza
Con que.

Con que.

Año de 1534.

Desdichado, desdichado!

Aun en esto no he gozado De catorce meses tres, Y con grillos á los piés Mas de seis meses he estado. Año de 1551.

Deseo, mi Dios bendito,
Y no me muero de enfermo,
Como ermitaño contrito
Hacer mi vida en un yermo
Para alegrías.
Llorando noches y días
Hacer allí habitacion
Como hizo Jeremías
En el monte de Sion.

En tu fé santa me fundo, Bendito y santo Jesu, Pues yo sé cierto que tú Veniste á salvar el mundo.

(1) Vivía esta mujer con su marido Juan García, según tradición, en la calle de la Platería, donde, dicen, se mandó colocar en memoria del suceso una figura que la representaba.

nantes y el espanto en la muchedumbre (1). A medida que se trataba de aislar el daño, más dilatadas aparecían sus ramificaciones: en Palencia el maestro teólogo Alonso Pérez, en Toro el bachiller Herreruelo, en Zamora Pedro Sotelo, Cristóbal de Ocampo y Cristóbal de Padilla, en Pedrosa su cura Pedro de Cazalla, dogmatizaban la herética reforma; á todos acaudillaba y dirigía con su malogrado tesón D. Carlos de Sesso, caballero veronés, domiciliado en Villamediana de Logroño y enlazado con la ilustre estirpe de los Castillas (2). No había clase, ni profesión, ni sexo, ni edad, exentas del contagio: sacerdotes y seglares, teólogos y abogados, hijosdalgo, comendadores de órdenes militares, artesanos y labradores, nobles damas, jóvenes doncellas, humildes criadas, austeras beatas, y hasta vírgenes del claustro bien mozas y bien hermosas, seducidas acaso por sus directores, llegaban cada día á las prisiones del tribunal, cogidos varios en su fuga y algunos ya fuera de España. Igual si rigurosa anduvo la formidable vara, sin torcerse por contemplación alguna, creyendo con razón que mayor escándalo que el del crimen es el de la impunidad, y mayor que éste todavía el de la parcialidad en el castigo.

Llegó el día prefijado, domingo 21 de Mayo de 1559, para uno de aquellos lúgubres espectáculos, explicables por las circunstancias de los tiempos, defendibles por los resultados, pero siempre repugnantes al corazón, al par que terriblemente fascinadores para la fantasía. Centelleaba la plata y oro, ondeaba la seda y brocado en los tablados y galerías levantadas en tor-

⁽²⁾ Era natural de Sevilla é hijo de Pedro Cazalla, contador del rey; pero pertenecía á una de las más arraigadas familias de Valladolid por su madre D.º Leonor de Vivero, cuya era la casa donde vivía y juntaba á sus sectarios. Fué canónigo de Salamanca: no se sabe si pasó á Alemania como otros teólogos enviados por el emperador á conferenciar con los luteranos, aunque algo de esto parece indicar Illescas en su Historia pontifical al decir que volvieron pervertidos algunos de los que iban allá á convertir. Tuvo dos hermanos curas, Francisco y Pedro, y una hermana soltera, Beatriz, que fueron como él ajusticiados; otro de sus hermanos, Juan, y una hermana, Constanza, viuda del contador Hernando Ortiz, salieron condenados á cárcel perpetua.

⁽¹⁾ Copiosa luz sobre los errores de los dogmatizantes y sobre sus medios de propaganda ha derramado últimamente en sus Heterodoxos españoles el diligentísimo Menéndez Pelayo, cuyas investigaciones con placer aprovecharíamos, si más estrechamente se relacionaran con el objeto de esta publicación; basta á nuestro propósito no hallarnos en discrepancia notable con su concienzuda historia.

⁽²⁾ No se dice cómo ni cuándo vino de Italia este caballero: algunos escriben Sesse en vez de Sesso, dando margen á creerle de aquella ilustre familia aragonesa. Herrezuelo, en vez de Herreruelo, llama Menéndez al bachiller de Toro siguiendo al autor de la Historia pontifical, y de Cristóbal de Padilla, á quien otros titulan caballero de San Juan, dice que era criado de la marquesa de Alcañices.

no de la plaza Mayor para el príncipe D. Carlos y su tía doña Juana, para las autoridades y corporaciones, para los grandes y damas de la corte que lucían sus galas y sus tocados, contrastando no poco con el aspecto sombrío del tablado de los reos. Por el suelo, por los balcones y ventanas, por los tejados, hormigueaba una inmensa multitud, reunida de toda Castilla la Vieja, según los contemporáneos. Desfiló la triste procesión; las túnicas sembradas de llamas indicaban en catorce de los infelices que iban á ser entregados al suplicio, mientras que los otros diez y seis serían reconciliados con la Iglesia. Entre los primeros absorbía la atención el célebre Cazalla, acompañado de su hermano D. Francisco, cura de un pueblo de la diócesis de Palencia y de su hermana D.ª Beatriz; seguían el maestro Alonso Pérez, los caballeros Ocampo y Padilla, el bachiller Antonio Herreruelo, cuya impenitencia indicaba la mordaza puesta en su boca, el licenciado Francisco Pérez de Herrera, vecino de Calahorra, el platero Juan García, D.ª Catalina de Ortega viuda del comendador Loaisa, y tres mujeres de Pedrosa, Isabel de Estrada, Catalina Román beata y Juana Velázquez, criada ésta de la marquesa de Alcañices; el último era Gonzalo Báez, judaizante de Lisboa. El sabio dominico Melchor Cano hizo oir desde un púlpito su elocuente voz; leyéronse las causas y las sentencias, y se absolvió á los reconciliados condenando los más á reclusión perpetua, algunos á destierro y todos á confiscación de bienes. De ilustre sangre eran casi todos ellos: además de un hermano del doctor Cazalla Juan de Vivero, de su hermana Constanza y de su esposa D.ª Juana de Silva, hija natural del marqués de Montemayor, figuraban entre los penitenciados D.ª Francisca de Zúñiga, hija del contador Baeza natural de Valladolid; D. Juan de Ulloa Pereyra, caballero de Toro; D.ª Leonor de Cisneros, esposa de Herreruelo; María de Saavedra, mujer del hidalgo Cisneros de Zamora, y más notablemente Don Luís de Rojas Enríquez, hijo del marqués de Poza; D.ª María de Rojas su tía, monja de Santa Catalina de Valladolid; su tío Don

Pedro Sarmiento, comendador de Alcántara, y la esposa de éste D.ª Mencía de Figueroa, y por último su joven prima D.ª Ana Enríquez, hija del marqués de Alcánices (1), que al subir al púlpito estuvo por caer desmayada. Completaban el número Antón Waser, inglés, criado del D. Luís; Isabel Domínguez, criada de D.ª Beatriz de Vivero; Antón Domínguez, su hermano, y Daniel de la Cuadra, labrador de Pedrosa.

Volvieron éstos en procesión á sus cárceles; los relajados al brazo seglar, verificada antes en los tres sacerdotes la ceremonia de la degradación, fueron traídos al Campo Grande donde se levantaban quince patíbulos con sus argollas. Admiraba y enternecía á todos con sus entrañables muestras de contrición el doctor Cazalla; proclamaba que sólo la ambición y el deseo del renombre de que gozaban los jefes de secta le habían arrastrado á su ruina; exhortaba vivamente á penitencia al bachiller su compañero, que oponía á la serena humildad del cristiano la tenacidad sombría del estóico. En los demás el horror á la hoguera obraba un tibio y dudoso arrepentimiento; así que uno tras otro apretó sus cuellos el garrote, y las llamas se cebaron únicamente en sus cadáveres. Sólo el obstinado Herreruelo arrostró este cruel suplicio; ni una queja ni un extremo se le escapó; pero en su rostro, dice un testigo de vista (2), quedó estampada la más extraña tristeza que jamás cupo en expresión humana. Con estos fueron quemados también los desenterrados huesos y la efigie de la madre de los Cazallas D.ª Leonor de Vivero, fallecida en la prisión, y se mandó demoler y sembrar de sal su casa como receptáculo de la herejía (3).

No sin inquietud se consumó la gran vindicta; y ora por sospechas de tumulto, ora por prevenir el desorden en gentío tanto, los soldados se mantuvieron sobre las armas. Aquel día

⁽¹⁾ Era ya casada con D. Juan Alonso de Fonseca.

⁽²⁾ Gonzalo de Illescas en su Historia pontifical.

⁽³⁾ En el solar se levantó una columna de piedra con una inscripción que subsistió hasta el año 1821: la calle reticne el nombre del doctor Cazalla.